

ERCILLA Y LA ARAUCANA

Por SAMUEL A. LILLO



INTRODUCCION

Esta obra tiene por objeto dar a los estudiantes, a los educadores y a los obreros, y en general a todas las personas que tengan el espíritu abierto a los ideales de la patria y de la raza, un libro manual que les permita conocer las partes principales de nuestra epopeya nacional, y les despierte el interés por la lectura de un poema al que no se le ha dado todavía en Chile la importancia que le corresponde.

Es muy corriente escuchar en los diversos círculos, tanto de la juventud como de las personas maduras, que La Araucana es un libro pesado y fastidioso, imposible de leer.

Puedo afirmar que casi todos los que emiten semejante opinión, no conocen La Araucana, ni siquiera han leído algunos de sus trozos principales, ni mucho menos se han detenido a considerar lo que significa este libro para nuestros niños y para nuestro pueblo.

En efecto, La Araucana, no sólo sirve de lazo de unión entre los chilenos y la Madre Patria, recor-

dando la empresa gigantesca de los conquistadores, que trajeron junto con su idioma, el evangelio de Cristo a estas tierras hurañas y remotas, sino que también sirve eficazmente para despertar entre esos mismos niños y en el alma sencilla y abierta de nuestro pueblo, el culto por la memoria de nuestros abuelos aborígenes que esculpieron con sus brazos de cíclopes, sobre el yunque de la gloria, los blasones de la Patria.

Como oían los latinos las estrofas de Virgilio que cantaban la cuna de la Raza, y los germanos los versos heroicos de los Nibelungos, así también nosotros debemos escuchar en los días de la raza, las estrofas haráldicas de Ercilla.

Honremos pues el magnífico presente que la Providencia nos ha dado por intermedio del numen del poeta soldado, cuyo nombre y cuya obra, forman los dos arcos gigantes del puente maravilloso que hoy une nuestros pueblos al través de los mares y los siglos.

AMBIENTE Y ESCENARIO DE LA ARAUCANA

Eran los nuevos tiempos heroicos de la tierra: Colón había abierto con las quillas vencedoras de sus barcos las olas indomadas del Atlántico, haciendo brotar desde su seno un mundo nuevo, joven y brioso que dormía el largo sueño de los siglos, arrullado por las ondas de un mar inexplorado.

Siguiendo las estelas luminosas que dejaron las osadas carabelas del héroe señador que cruzó cuatro veces por los mares en pos de su quimera irrealizable del Oriente, salieron de las playas españolas centenares de varones esforzados tras el oro y la

fama que les brindaban las maravillosas comarcas descubiertas.

Y esta falange de soldados y aventureros, de hidalgos y paladines, como una banda de gigantes águilas, emprendió el vuelo sobre los nuevos mares y tendiendo desde lo alto los inquietos cuellós, fueron buscando los parajes en donde habrían de abatir los poderosos remos de sus alas.

Pedro Alonso Niño y Vicente Yáñez Pinzón, compañeros de glorias del heroico genovés, descubren y escudriñan aquellas costas misteriosas cuyos vírgenes horizontes jamás había cortado la silueta de una vela, llegando el segundo después de una tremenda odisea de combates y penurias hasta la boca del coloso que, con las linfas de sus ondas nacidas en las nieves de los Andes, endulza las oleadas amargas del Océano.

Alonso de Ojeda, el bravo y cruel aventurero, azote de los indios y asombro de los suyos, con su escapulario por escudo, blande en la diestra la ferrada lanza teñida con la sangre americana, asalta las islas y sorprende las costas del desconocido continente con un puñado de guerreros, mezclas de bandidos y de héroes y deja tras de sí la desolación y el espanto, semejante a aquellos violentos huracanes antillanos que pasan como una maldición sobre los mares y las tierras del trópico.

El noble Juan Ponce de León, agobiado por los años, no se duerme en los laureles conquistados en la hermosa Puerto Rico y vaga por los mares como aquellos caballeros medioevales cantados en romances y poemas, en busca de la fuente de la eterna juventud, temeroso de bajar hacia los reinos de la muerte sin haber contemplado todas las estupendas

maravillas de aquél extraño mundo que él tan tarde conociera.

Animoso como un joven, descubre la Florida y prepara así el camino al valeroso Hernández de Córdoba que habrá de pagar muy luego con su vida la gloria de haber sido el primer capitán español que golpeará con la punta de su lanza las puertas de un palacio mejicano en Yucatán.

Diego de Nicuesa, valiente y desdichado caballero, equipa una poderosa escuadra y marcha también a la conquista de aquellos mares turbulentos sembrados de peligros y acechanzas y deja entre las rocas de sus costas los últimos girones de su fortuna y va a hundirse después para siempre, víctima de la naturaleza y de los hombres, en el fondo de aquel abismo que lo atrajo con el engañoso miraje de sus riquezas fantásticas.

Pero estaba reservado a Vasco Núñez de Balboa, el oscuro hidalgo jerezano, la hazaña más portentosa después de la de Colón, : el descubrimiento del nuevo mar del sur que dió a la patria del Cid y Carlos V el más amplio campo que haya recibido jamás nación alguna para el desarrollo de su riqueza y su poder y que entregó al mundo sorprendido un inmenso océano que, surgiendo como una aparición ante un conjuro, vino a completar la redondez soñada del Planeta.

Sopló una nueva y ardiente ráfaga de epopeya sobre la tierra y los mares, y los héroes acudieron en tropel ávidos de hazañas y de glorias.

En el norte, Hernán Cortés eclipsando las gestas maravillosas de Aquiles y Teseo, con un puñado de valientes castellanos, marcha a la conquista del Imperio Azteca y tras de sacrificios inmensos, de

proezas estupendas, de combates que hacían olvidar a los fantásticos libros de caballería, derribó de su trono a Moctezuma y plantó la cruz del Redentor sobre las soberbias Teocallis de la nueva Sagunto americana.

Y en tanto que su continuador, el ágil Alvarado, el centauro alado de la Noche Triste, sometía al poder de Castilla las tribus belicosas que vivían frente a los lagos y volcanes de la América Central, al sur de la línea del equinoccio, Pizarro y Almagro, en una expedición que parecía más bien el paseo triunfal de seres superiores, dominaban al golpe de la lanza y de la espada a las tribus pacíficas e industriales que formaban la augusta monarquía de los Hijos del Sol.

Al sur del imperio de los Incas se extendía una tierra inconquistable, defendida por un desierto de cálidas arenas, una gigante cordillera y un mar tan hirsuto y tan huraño como los flancos de los montes que golpeaba. Almagro, el viejo aventurero soñador, creyendo encontrar en ella la compensación de sus sacrificios en el Perú, la invadió por el oriente y después de dejar en las nieves de sus montañas hostiles su cortejo de huestes auxiliares, avanzó con sus hispanos, vencedores de la nieve y los abismos, por este largo y angosto territorio en busca del metal codiciado que los indios incásicos le habían prometido.

Tras de grandes penalidades y de infructuosos rebusques, convencido de la pobreza de la tierra y de la ferocidad de los habitantes que aumentaba a medida que avanzaba hacia las regiones del sur, regresó desengañado a la metrópoli del Cuzco.

Estaba destinada la conquista de esta tierra mis-

teriosa al cerebro y a la espada de Pedro de Valdivia, gran capitán extremeño que entró pocos años después por el desierto, con escasísima hueste, pero llevado por una resolución inquebrantable.

No le importó la inmensidad de este largo territorio encerrado entre dos cordilleras, y cortado por ríos correntosos que surgían entre abruptos farellones, cubierto de bosques impenetrables, por los cuales vagaban las tribus errabundas de un pueblo altivo que hasta entonces, no había conocido más autoridad que la de sus caciques.

Dominó temporalmente a los naturales después de sangrientas batallas y, creyendo asegurada la paz de la tierra, fundó varias ciudades separadas entre sí por enormes extensiones de bosques y montañas para caer un día sorprendido por la revuelta repentina de los indios que lo derrotaron en lid campal, destruyeron las siete ciudades que había fundado en la región del sur y declararon libre de la denominación extranjera a la indomada tierra araucana.

Tal era el escenario en que iba a desarrollarse nuestra epopeya nacional.

Desde fines del siglo XV los poemas heroicos de Homero y de Virgilio se habían popularizado por los escritores del renacimiento, principalmente en Italia y España.

En los primeros años del siglo XVI Mateo Boyardo daba a luz su famoso poema Orlando Enamorado, con el cual, puede decirse, empieza la época caballeresca moderna que llega a su punto culminante en ese siglo, con la aparición del Orlando Furioso del Ariosto que, en pocos años, no sólo se derramó por la Italia, sino que se hizo la lectura

familiar de los escritores españoles y despertó en ellos la afición a la poesía heroica que ellos iban a cultivar en breve, aprovechando los temas que les daban las hazañas maravillosas de los conquistadores de América.

Ercilla, gran admirador del Ariosto, sintió palpitar en su pecho su corazón de épico cantor al saber las estupendas hazañas de los araucanos y ansioso de conocer de cerca a aquellos nuevos héroes de Homero, se embarcó para Chile, y un día vieron los araucanos blanquear, en la bahía de Penco, las velas de la escuadra castellana, en que venía el poeta que había de inmortalizar sus hazañas y dar a esta nación el insigne honor de tener un poema épico que cantara la epopeya de su gloria y el origen de su raza.

Ya estaba el cantor en el teatro de su poema. Luego un formidable ataque de los araucanos a quienes los españoles lograron rechazar al fin de varias horas de recio combate, en el cual sin duda tomó parte el mismo Ercilla, le dió a conocer de cerca a los nombrados aucas de los cuales tantas proezas había oído contar.

La realidad superó a la idea que él se había ya formado y su admiración se manifestó en las estrofas del Canto XIX en que, algún tiempo después, cuenta lleno de sorpresa, las hazañas de Caupolicán, Gracolano y Tucapel que mandaban a aquellos salvajes que no temían atacar desnudos, armados sólo de sus lanzas y sus mazas, un fuerte defendido por numerosos cañones y por hombres cubiertos de hierro.

Seguramente entonces, en las noches larguísimas de guardia, en espera de nuevos ataques y sorpre-

sas de los indios, el poeta maduró el plan de su poema y se inclinó a cantar más las hazañas de esos nuevos héroes que las ya conocidas de sus valientes compatriotas.

Y estos propósitos deben de haberse acentuado en los combates que siguieron después, en las Lagunillas y en Millarapue y más tarde cuando fué conociendo palmo a palmo aquel heroico suelo en el que cada bosque, cada pantano o quebrada, hablaban a su mente de hazañas increíbles, de heroicidades estupendas llevadas a cabo por salvajes miserables que, por encima de todas las miserias y penurias de su vida vagabunda, sentían latir en sus corazones duros como los resecos terrones de sus suelos incultos, el sentimiento altísimo del amor a su tierra siempre altiva y siempre libre.

BIOGRAFÍA DE ERCILLA (1)

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, nació en Madrid el 7 de Agosto de 1533.

Su padre fué el doctor Fortún García de Ercilla y su madre, doña Leonor Zúñiga, naturales de la villa de Bermeo en Vizcaya, en donde poseían una torre que se conserva actualmente y a la cual alude el poeta en una de las estrofas del Canto XXVII.

Su madre que había enviudado cuando don Alonso tenía apenas un año, logró colocarse de Guardadamas de doña María, infanta de España, casada

(1) En esta biografía, se ha seguido de cerca el estudio que hace de Ercilla don J. T. Medina en su magistral obra «La Araucana» publicada en Santiago de Chile en 1917.

con Maximiliano de Austria que fué después Emperador. El joven Ercilla fué nombrado paje del príncipe que fué más tarde Felipe II.

La instrucción de Ercilla fué escasa. Se sabe que recibió las lecciones de un reputado humanista, don Cristóbal Calvete, en unión de los demás pajos de la Corte, sin haber hecho estudios especiales ni profundos. Sus lecturas clásicas fueron pocas, pero fué aficionado desde niño a los poetas de la antigüedad.

Se sabe de cierto que al escribir la primera parte de *La Araucana*, conocía ya a Homero, Virgilio y Lucano, y entre los modernos sobre todo al Ariosto que fué su poeta favorito y cuya influencia se ha dejado sentir en su poema.

Sus viajes, dice el señor Medina, haciéndole conocer las tierras y los hombres, suplieron su falta de lectura y le evitaron caer en la pedantería.

Acompañó a Felipe II primero a Flandes, pasando por Italia y Alemania. Después obtuvo autorización para ir con su madre a Viena en el séquito de Maximiliano y su esposa y estuvo algún tiempo en los reinos de Bohemia y Hungría. Más tarde pasó a Inglaterra con Felipe II que iba a casarse con María Tudor. Allí estaba cuando supo la sublevación de los araucanos y la muerte de Valdivia. Tenía entonces 21 años y aún no ceñía espada, como lo dice él mismo en el Canto XIII.

Deseando conocer aquellas nuevas tierras y sus heroicos defensores, pidió permiso a Felipe II para acompañar a Jerónimo de Alderete que acababa de ser nombrado Gobernador de Chile y se embarcó en la expedición, ascendido de paje a gentil hombre, con derecho a cargar espada.

El señor Medina, en su erudito estudio sobre la vida de Ercilla, dice que no sólo el entusiasmo guerrero y el amor por las aventuras llevaron al poeta a tomar parte en esta empresa, sino que tuvo también influencia en esta romántica resolución, una pasión amorosa desgraciada que aparece demostrada en una Glosa que es la primicia poética de Ercilla y que empieza así:

Seguro estoy de nuevo descontento
y en males y fatigas tan probado
que ya mis desventuras han hallado
el término que tiene el sufrimiento.

Amor me ha reducido a tanto estrecho
y puesto en tal extremo un desengaño
que ya no puede el bien hacer provecho
ni el mal, aunque se esfuerce, mayor daño.

Alderete murió en Taboga en las inmediaciones de Panamá y Ercilla se embarcó de nuevo con rumbo al Perú. En Trujillo se unió a la comitiva que llevaba don Andrés Hurtado de Mendoza, recién nombrado Virrey que venía a hacerse cargo de su puesto.

En Lima fué muy bien acogido y hasta estuvo alojado en el Palacio de los Virreyes. Al prepararse la expedición que vino a Chile a las órdenes de don García de Mendoza, pidió autorización para formar parte de ella, y se embarcó lleno de entusiasmo, en la misma nave en que venía el joven Gobernador.

Después de haber pasado algunos días en la Serena, los castellanos continuaron el viaje hacia el sur y tras de grandes penalidades, sufrida por las

tormentas, arribaron a la bahía de Penco; pero, temiéndolo los ataques de los indios, desembarcaron en la isla de Quiriquina, en espera de la llegada de la caballería que venía por tierra.

Cansados de esperar, al cabo de 50 días de estada en la isla, desembarcaron en el continente y construyeron un fuerte muy cerca de donde estuvo la ciudad de Concepción, destruída por los indios después de la muerte de Valdivia.

Después de rechazar un formidable ataque de los araucanos al fuerte, en el que sin duda peleó, aunque no lo dice, el mismo Ercilla, los españoles cruzaron el Bio-Bio y derrotaron a los araucanos en la batalla de Las Lagunillas cerca del mencionado río.

En este combate se distinguió Ercilla, cuya compañía tomó parte activa en la lucha, como lo dice en las estrofas del Canto XXII.

Terminada la lucha, tiene lugar el castigo de algunos caciques, entre ellos está Galbarino a quien se le cortan las manos.

Más adelante se traba la batalla de Millarapue en la que también cabe un papel brillante al poeta. El mismo, dejando atrás falsas modestias, cuenta su actuación en algunas estrofas del Canto XXVI.

Después de ese combate, cuenta el poeta su encuentro con Galbarino a quien inútilmente intenta salvar y el cual condenado a muerte, es colgado en uno de los árboles vecinos.

Llegaron los castellanos en seguida a Tucapel. Desde allí fué mandado Ercilla con una columna a traer víveres desde Imperial y, a su vuelta, cayó en una emboscada y escapó de la muerte gracias a su

valor y a la protección de un indio a quien había antes salvado.

Véase el Canto XXVIII.

Apenas fundó la ciudad de Cañete, don García se dirigió a la Imperial y desde allí mandó rápidamente a la recién fundada ciudad, un socorro de 30 hombres escogidos entre los cuales iba Ercilla.

Llegaron a tiempo para salvar a Cañete de un ataque de Caupolicán, que fué allí derrotado a causa de la traición de uno de los suyos.

Ercilla volvió a la Imperial y no se encontró en la captura y suplicio de aquel caudillo araucano.

La expedición de don García hacia el sur había continuado y el poeta logró alcanzar al Gobernador en Villarrica para seguir con él hasta el canal de Chacao, que el cantor de Arauco pasó en una piragua para llegar a la isla de Chiloé.

En uno de los árboles de la orilla el poeta grabó la conocida estrofa que viene en el Canto XXXVI.

Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con sólo diez, pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día
volviendo a la dejada compañía.

Don García emprendió el viaje de vuelta; se detuvo a fundar la ciudad de Osorno; pasó en seguida por Valdivia y arribó por fin a la Imperial, en donde permaneció con su hueste, reparando las fatigas

de su largo viaje, descanso que aprovechó el poeta para continuar su poema.

Para entretener los ocios de la guarnición, los jóvenes caballeros prepararon unas fiestas en las cuales había juegos de cañas, corridas de sortijas, y otros entretenimientos caballerescos, propios de la época.

El día señalado para los regocijos, salió don García a caballo, acompañado de un numeroso séquito de jóvenes, entre los cuales iban don Alonso de Ercilla y don Juan de Pineda.

No se sabe el motivo de la disputa entre estos dos caballeros, pero de repente se vió que Ercilla sacaba su espada y que Pineda hacía otro tanto en medio del desorden y el tumulto de los acompañantes.

Don García, ciego de ira, cayó sobre Ercilla y dándole varios golpes con su maza lo derribó del caballo, en tanto que Pineda se refugiaba en la iglesia cercana, de donde lo hizo sacar el gobernador.

Los jóvenes fueron declarado reos de desacato a la autoridad y condenados a ser decapitados al día siguiente.

Fueron inútiles los ruegos de los compañeros de Ercilla y Pineda: el gobernador permaneció inflexible y sólo cedió a la petición que una de las damas de la Imperial le hizo penetrando, acompañada de una joven indígena, por una ventana, hasta la sala en donde se había retirado sin querer recibir a nadie.

Los reos continuaron presos todavía algún tiempo, y al fin fueron desterrados al Perú.

En virtud de esta orden, Ercilla abandonó el país

y se embarcó en Penco en los últimos días del año 1558 o en Enero de 1559.

El virrey del Perú no prestó ninguna protección al poeta, quien tuvo que recurrir al Rey con la petición de un repartimiento de indios. La respuesta del Rey fué favorable, pero llegó sólo en Diciembre de 1560 después de haber pasado don Alonso largo tiempo de miseria y de vergüenza, como él mismo lo decía. Para dar cumplimiento a esta real cédula, dice el señor Medina, se necesitaba cerca de un año, que estuviese vacío algún repartimiento y que el virrey tuviera voluntad. Felizmente don Andrés Hurtado, volviendo sobre sus pasos, por algún motivo que no se sabe, lo nombró miembro del cuerpo de Gentiles Hombres Lanzas con mil pesos de sueldo. Desde entonces el poeta pudo sostenerse en Lima con arreglo a su rango.

Solicitó del nuevo virrey, conde de Nieva, una licencia de dos años para volver a España y probablemente a fines de Septiembre de 1561, según el señor Medina, Ercilla se embarcó para Panamá, deseoso de tomar parte, antes de irse, en la expedición contra Lope de Aguirre. Desgraciadamente para su sed de aventuras, a su llegada a este puerto, Lope de Aguirre había sido ya castigado, y entonces continuó su viaje a España.

Llegó a Sevilla a mediados de 1563, después de haber sufrido una larga enfermedad que lo atrasó en su viaje y de la cual hace mención en el Canto XXXVI de su poema.

Fuó recibido cariñosamente en Madrid por Felipe II, a quien acompañó a Aragón.

Había ya muerto su madre; su hermana María Magdalena que se había casado con un noble por-

tugués, murió luego también y lo dejó de heredero de su fortuna.

El poeta había ya recibido algunos cargos honoríficos: así Maximiliano lo había nombrado Gentil Hombre de los Príncipes de Hungría, pero estas distinciones no habían mejorado su condición económica.

Esta herencia vino, pues, a terminar con todas sus privaciones y le permitió vivir con holgura en la Corte. Entonces se atrevió a imprimir la 1.^a parte de La Araucana en 1569. Poco después, en 1570, contrajo matrimonio con una noble dama llamada doña María de Bazán y, previas las informaciones de estilo, fué armado Caballero de la Orden de Santiago en Diciembre de 1571.

En 1574, dejando un poder general a su esposa, salió de Madrid para hacer, en las galeras de S. M. el servicio de 6 meses a que eran obligados los Caballeros de Santiago.

Estuvo primero 4 meses en Cartagena, y en seguida, en busca de nuevas ocasiones para su fama, partió para la Escuadra que estaba en Nápoles.

Cumplido su tiempo, fué a Roma en donde fué presentado al Papa Gregorio XIII. Viajó en seguida por el norte de Italia, Alemania; asistió en Praga a la coronación de su padrino de bodas el rey Rodolfo del cual era gentil hombre de Cámara, y volvió a España en 1577 para cumplir, en el Convento de la Orden de Santiago, el tiempo de residencia y aprendizaje que los estatutos exigían.

Terminadas sus pruebas, salió del Convento reconocido como Caballero profeso de la Orden en Diciembre del año citado, para ocuparse, entre otros menesteres menos importantes, en la publicación

de la 2.^a parte de *La Araucana* que salió a luz en Agosto de 1578.

A fines de ese mismo año recibió una comisión del Rey ante los duques de Bronswick. Se trataba de impedir la llegada de estos huéspedes a Madrid. El poeta cumplió con inteligencia su cometido, pero no recibió ninguna muestra de agrado del monarca a su regreso.

Estuvo después en Portugal sin que se sepa el objeto cierto de su viaje. Se cree que tomó parte en la expedición a las Azores bajo las órdenes del pariente de su mujer, don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz.

Aunque no hay noticias ciertas respecto a esto, lo más probable es que se encontraba en el combate naval que esa escuadra sostuvo con la francesa en 1582, pues escribió sobre ella un romance que se publicó en Lisboa en 1586.

Es también muy probable que en esa estada en Portugal conociera a Cervantes que iba en la expedición que Felipe II hizo a ese país en 1581. Así se explicarían las alusiones elogiosas que el autor de *la Galatea* hiciera a Ercilla en dicha obra.

En 1583 estaba Ercilla de seguro en Madrid desempeñando las funciones de examinador de libros, cargo para el cual había sido nombrado en 1580.

Este cargo, dice el señor Medina, lo puso en contacto con los más famosos escritores de su tiempo.

En 1585 hizo otro viaje a Alemania que duró un año con el objeto de cobrar una cuantiosa suma de la dote de su hermana y otros dineros prestados para servicio de S. M.

Fué el último viaje del poeta.

Se acercaba ya a la vejez y la desgracia que pare-

ce encarnizarse con los que la juventud ya ha abandonado, lo hiere cruelmente: primero con la muerte de su querida hermana María y después con la pérdida de su único hijo, Juan de Ercilla, muerto a los veinte años en el naufragio de la Invencible Armada.

Buscando un consuelo en la poesía probablemente, dice el señor Medina, el poeta se dedicó entonces a terminar la 3.^a parte de La Araucana que se publicó en 1589.

En 1591 quiso escribir otro poema para celebrar la expedición de Felipe II a Portugal, pero ya el mal estado de su salud le impedía trabajar con la constancia y el brío de antes, por eso sólo alcanzó a hacer algunas estrofas que se agregaron en la edición de 1597 a los Cantos 36 y 37.

A fines de 1594 se sintió tan mal que cuando quiso otorgar testamento ya no pudo hacerlo, ni aún alcanzó afirmar el poder que, ante un escribano, extendió a su mujer para que testara por él, basado en la confianza de que ella interpretaría a satisfacción sus últimas voluntades. Este documento y un codicilo que hizo al día siguiente, fueron sólo firmados por los testigos y el escribano.

Murió un día después en Madrid, el 29 de Noviembre de 1594.

Sus restos están sepultados en Ocaña en el Monasterio que había fundado su viuda en 1595.

RASGOS DOMINANTES DE SU CARÁCTER Y ASPECTO FÍSICO

Fué noble, generoso y compasivo.

En diversas partes de su poema se pueden ver muestras de afecto y de conmiseración que tuvo con

los araucanos y cómo se opuso muchas veces a los crueles castigos que en aquellos tiempos se aplicaban a los rebeldes vencidos.

Así (Canto XXVI) pretende salvar con una piadosa mentira a Galbarino, ayuda a encontrar el cuerpo de su marido a la infeliz Guacolda (Canto XXI). Salva de la muerte a Cariolano que se batía heroicamente (Canto XXVIII) contra un grupo de españoles. Socorre y cura a la hija de Millalauco herida por un español (Canto XXXII). Repueba el espantoso suplicio de Caupolicán, diciendo que no se habría llevado a cabo si él hubiera estado presente. (Canto XXXV).

Su respeto caballeresco hacia las mujeres se exterioriza en el trato que da a las heroínas araucanas.

A Tegualda no sólo la consuela y ayuda sino que tiene también a delicadeza de alojarla entre las mujeres casadas del campamento, para que no sufra su buena fama y lleva su atención hasta el punto de escoltarla personalmente cuando llevaba el cuerpo de Crepino hasta que alcanza la entrada de sus montañas. Igualmente impide que se le haga daño a Glaura y, conmovido ante el amor conyugal tan firme y probado de esta heroína, ordena que ella y su marido sean puestos en libertad.

Ercilla era profundamente religioso. Esto no era una novedad pues lo fueron todos los conquistadores españoles. Por eso no debemos extrañar que el poeta atribuya a la benéfica influencia de la divinidad la mayor parte de los triunfos obtenidos sobre los salvajes.

Pero a veces este mismo espíritu religioso, llevó al poeta a falsear algunos caracteres, como sucede

en el Canto XXXIV en que hace aparecer, para mayor triunfo de la religión, a Caupolicán recibiendo piadosamente el bautismo, poco antes de ser ajusticiado.

Había también en el alma de nuestro épico cantor, como en la de muchos capitanes españoles, un fondo de filosofía estoica, o más bien, de resignación musulmana, para hacer frente con serenidad a los mayores contrastes de las armas y a las peores desgracias de la vida.

El sentimiento del honor, tal como se comprendía entre los caballeros de su época, era también en Ercilla, uno de los rasgos más salientes de su personalidad, y sus héroes castellanos y hasta los araucanos obran ajustándose al código que regía las acciones militares.

Era ordenado y constante en sus empeños. Una prueba de ello tenemos en que escribió, según él mismo lo dijo, gran parte de su Araucana en los descansos de sus campañas y aún en las noches en los propios campamentos, después de los combates, utilizando, muchas veces, trozos de papel o de cuero que lograba proporcionarse, y a pesar de las dificultades y molestias de las marchas repentinas, sorpresas o emboscadas, proseguía su trabajo imperturbable, sin perder sus apuntes y sus notas, hasta terminar la primera parte de su poema, seguramente, antes de su salida para el Perú.

Aún cuando la verdad fué siempre el norte que el cantor de Arauco tuvo para dirigirse en el intrincado laberinto de los múltiples hechos estudiados y expuestos por él en su poema, tuvo al final de éste una afirmación de pobreza que la crítica moderna y en especial la investigación de un erudito chileno,

el señor Toribio Medina, ha destruido con gran desengaño para muchos de los admiradores del poeta.

Efectivamente se sabe por los datos anteriormente dados en la biografía, que Ercilla recibió antes de la publicación de la tercera parte de *La Araucana*, una apreciable herencia de su hermana y en seguida, la dote y la fortuna materna de su esposa.

Parece, pues, que este poeta que había dado pruebas de tan nobles sentimientos, cuando ya la fortuna vino a llamar a su puerta, cobró afición al dinero y dedicó gran parte de su actividad a incrementarlo por medio de compraventas de objetos de valor y por préstamos monetarios hechos a numerosas personas. Todo esto consta de los documentos que se citan y copian en la obra publicada por don José Toribio Medina en 1916.

En cuanto al aspecto físico de Ercilla, he aquí como aparece, a los 36 años, según la descripción que hace de él, su amigo Cristóbal Mosquera de Figueroa, en su *Elogio de Ercilla*, escrito en 1585:

«Daba muestras de caballero de animosa determinación y ajeno a todo temor. Tenía hermosa frente, barba crespá y cabello levantado, boca pequeña y un tanto sentado de nariz, que dándole cierta suavidad al rostro, le privaba en cambio, del perfil de las líneas griegas».

ARGUMENTO DE LA ARAUCANA

Los araucanos, cuyo territorio y costumbres describe primeramente el poeta, se sublevan contra la dominación española y proclaman toqui al cacique Caupolicán.

El gobernador, Pedro de Valdivia, al frente de un corto número de jinetes y acompañado de un grupo de indios auxiliares, va a sofocar la insurrección.

En Tucapel son derrotados y muertos todos los españoles gracias al valor y a la astucia de Lautaro, joven indio que, abandonando el servicio del gobernador a quien acompañaba, se pasa al campo de los araucanos que ya iban en derrota, los llama con enérgicas palabras y los hace volver al combate en el cual ejecuta tan altas hazañas que arrebató la victoria a los españoles.

Valdivia, tomado prisionero, es barbaramente sacrificado por los vencedores.

Lautaro, en recompensa de su heroico comportamiento, es nombrado segundo jefe por Caupolicán y recibe la misión de salir a contener el ataque de los catorce españoles que, desde el fuerte de Purén vienen en socorro de Valdivia ignorando el desastre de sus compañeros.

Se traba, entonces uno de los más épicos encuentros que relata Ercilla. Lautaro derrota a los que se llamaron después por esta lucha, los catorce de la Fama y en seguida deshace completamente en la cuesta de Andalicán un numeroso ejército provisto de cañones que venía al mando del sucesor de Valdivia, don Francisco de Villagrán.

Los castellanos, perseguidos por los indios, repasan el Bio-Bio y abandonan a Concepción, que es destruída por el joven toqui. Los indígenas celebran con grandes fiestas sus triunfos. Después de ellas, Lautaro obtiene de Caupolicán el permiso de seguir hacia el norte hasta Santiago.

Con un cuerpo de guerreros escogidos, el héroe

marcha ufano hacia el centro del poder español; pero, traicionado por un indio auxiliar, es sorprendido por Francisco de Villagrán.

Son las altas horas de la noche. Lautaro duerme en su toldo en compañía de su esposa, Guacolda, que lo ha despertado, hace poco, para contarle un sueño siniestro. De improviso suenan gritos, disparos y redobles de tambores: los españoles invaden el fuerte saltando por sobre las empalizadas junto con cuatrocientos indios comarcanos que lo apoyan con sus flechas. Lautaro sale desnudo, con el manto revuelto al brazo y con un estoque en la mano, pero lo recibe un flechazo que le atraviesa el corazón. Todos sus compañeros mueren después de una desesperada resistencia sin haber querido rendirse al enemigo. Llega don García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú, en el carácter de gobernador interino. Con un lucido ejército, desembarca en la bahía de Talcahuano y construye, cerca de la antigua ciudad de Concepción, un fuerte que es atacado audazmente por los araucanos, quienes son rechazados después de violentos y heroicos asaltos en los cuales admiran los castellanos las proezas estupendas de Tucapel y Gracolano.

En la noche de esa batalla, el poeta, que está de guardia, encuentra a la joven india, Tegualda que busca el cadáver de su marido, Crepino.

Al ser interrogada, cuenta su dolorosa historia a Ercilla, quien la consuela y la ayuda y cuando halla el cuerpo de su amado, conmovido el poeta, lo hace colocar sobre un tablón que llevan en hombros sus soldados y acompaña piadosamente el cortejo hasta dejarlo fuera del campamento. Entran los españoles en el estado de Arauco y son de nuevo atacados

por los indios, quienes les presentan una batalla campal en la que hace maravillas de bravura el indomable Rengo.

Después de este combate, don García ordena que le corten las manos al joven Galbarino para escarmiento de los pueblos rebeldes comarcanos.

El mocetón araucano, después de poner él mismo estoicamente sus puños sobre el tronco, alza los brazos mutilados y sacudiendo su sangre heroica sobre los rostros asombrados de sus verdugos, al volverse a sus montañas los amenaza con la venganza del pueblo araucano.

Efectivamente, reanimados los guerreros de Arauco por las ardientes palabras de aquel patriota legendario, vuelven de nuevo a la pelea. Tiene lugar el próximo encuentro en Millarapue, a donde llegó un heraldo indígena a desafiar a los castellanos en el nombre de Caupolicán.

En este combate, en el que lucieron sus proezas Caupolicán, Tucapel y Rengo y en el que pelearon los españoles con sin igual denuedo, fueron otra vez vencidos y deshechos los aucas indómitos después de una horrible carnicería.

Entre los prisioneros cayó también Galbarino, quien pagó con la muerte infamante en la horca su valor y su patriotismo.

Continúan los españoles internándose en Arauco; llegan a la ciudad de Imperial tantas veces sitiada por los indios y en las tierras rebeldes de Purén, encuentra el poeta a Glaura, hermosa muchacha araucana, que le relata su historia que forma otro de los interesantes episodios del poema.

Allí, en una angosta quebrada, sufren los invasores un violento ataque sorpresivo de los naturales.

En esta pelea cupo una parte principal a Ercilla.

Los indios, desesperados por el avance incontrastable de los castellanos, celebran otra de sus grandes asambleas de jefes y acuerdan quemar sus campos para detener al enemigo.

En esa misma asamblea, pide Tucapel que se le permita realizar el duelo que tiene concertado con Rengo y que, por la atención de la guerra, no ha podido llevarse a cabo todavía.

En efecto, los dos toquis pelean bravamente varias horas hasta quedar ambos mal heridos. Caupolicán interrumpe la lucha y los campeones reconciliados curan pronto de sus heridas y se preparan para la guerra que continúa.

El ejército español sigue su viaje hacia el sur, dejando en Cañete una guarnición al mando de don Alonso de Reinoso, quien ayudado por un traidor, toma prisionero a Caupolicán.

El desgraciado toqui encuentra en el camino a su mujer, Fresia, que lo increpa y lo insulta y que en un arranque de patriotismo, olvidando su amor maternal, le arroja a los pies, a su propio hijo, diciéndole que no quiere un hijo infame de un infame padre.

Después de un juicio aparatoso, el capitán español condena al jefe araucano a morir en el espantoso suplicio de empalamiento.

Mientras tanto Hurtado de Mendoza llega hasta frente a Chiloé, explorando toda esa inmensa región sin hallar resistencia.

El poeta, que iba en la expedición, atravesó el Desaguadero en una piragua con diez de sus compañeros y escribió una estrofa memorable en uno de los árboles de la Isla del Sur.

A su vuelta Ercilla tuvo un disgusto con el Gobernador en unas fiestas celebradas en Imperial y fué obligado a volverse a España.

El penúltimo canto habla de los viajes y expediciones que por tierras extrañas hizo el poeta y en el último trata de asuntos desligados del principal, como la campaña de Felipe II al Portugal y los derechos que este monarca tenía a la corona del Reino Lucitano y concluye lamentándose de la miseria suma en que lo tiene arrinconado el disfavor cobarde.

EL POEMA.—SU PLAN Y SU DESARROLLO

Todo poema épico consta de tres partes: la *exposición*, el *nudo* y el *desenlace*.

En algunas epopeyas el poeta empieza con la proposición que consiste en algunos versos en que da a conocer el asunto que va a cantar, para seguir con la invocación, después de la cual viene la verdadera exposición.

Ercilla comienza con la proposición diciendo:

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros, canto, enamorados;
ni las muestras, regalos ni ternezas
de amorosos afectos ni cuidados:
más el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que a la cerviz de Arauco no domada,
pusieron duro yugo por la espada.

Reemplaza la invocación por una dedicatoria a Felipe II en la que dice:

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que, de todo favor necesitada
queda con darse a voz, favorecida.

Entra en seguida a la verdadera exposición del poema que empieza con la descripción del territorio de Chile, de sus pobladores, indicando sus usos y costumbres, armas, modos de pelear y de defensa, religión y supersticiones.

Habla luego de la historia de Chile desde la conquista de los incas: el descubrimiento de Almagro hasta la llegada de Valdivia, sus primeros tiempos y la sublevación de los araucanos, con lo que empieza ya la verdadera acción del poema.

No existen propiamente ni el nudo ni el desenlace en la Araucana porque no hay intriga que se complique y que al desatarse produzca el interés de un final deseado por el lector.

En la Araucana sólo hay en estas partes una serie de combates homéricos, de acechanzas y sorpresas, de hazañas maravillosas ejecutadas por indios y españoles, todo esto interrumpido por algunos episodios que hacen menos cansada la narración de las continuadas acciones de guerra.

Talvez el poeta creyó al principio que podría escribir una epopeya con desenlace favorable para los españoles, pues en la primera estrofa dice que a la cerviz de Arauco no domada pusieron los castellanos duro yugo por la espada.

Pero el triunfo no vino nunca, y el poeta, después de haberse batido valientemente como un soldado, en diversos asaltos y sorpresas, se vió por causas que ya dijimos, obligados a despedirse del campo de esta guerra interminable, sin haber conocido el desenlace.

Por eso Ercilla concluyó su poema con acciones extrañas a él, como la expedición de Felipe II a Portugal, y con reflexiones filosóficas e impresiones acerca de su vida y de su situación personal.

ES LA ARAUCANA UNA EPOPEYA ?

Mucho se ha discutido acerca de si la Araucana es o nó un poema épico o epopeya. No nos interesa el que sea o nó un poema épico conforme a las reglas clásicas, nos basta que él sea nuestra epopeya nacional, el libro que enciera los blasones de la raza, en cuyas épicas páginas, llenas de heroicidades maravillosas, encuentran nuestros hijos los ejemplos del patriotismo y del valor que han hecho legendario a nuestro pueblo.

Nosotros vamos a estudiar los elementos y características principales del poema.

La definición más aceptada de una epopeya clásica es la siguiente:

Es la narración poética, en estilo elevado, de una acción heroica, capaz de interesar a un pueblo y a veces a la humanidad.

Luego veremos si esta definición cuadra a nó a La Araucana.

Además de estos caracteres que aparecen en la definición, analizaremos también otros requisitos

que se han considerado indispensables para la importancia de este género.

Se ha exigido que la acción de una epopeya sea una, grande e interesante.

La acción de *La Araucana* es una porque ella trata generalmente de la guerra de los araucanos contra los españoles, y si en algunas partes el poeta se aparta del tema principal, no lo pierde de vista y sólo al final habla de otros asuntos como la expedición al Portugal.

La acción del poema es grande porque es la dignificación del amor patrio, llevado a tanta altura por estos salvajes que, en sus proezas y en sus anhelos por defender su tierra, llegaron a extremos nunca conocidos en guerras de esta naturaleza.

Es interesante para nosotros, pues es la narración de nuestra epopeya nacional, el canto de las hazañas de nuestros abuelos, la historia de nuestras costumbres aborígenes, y la fuente en donde nuestros héroes han bebido los ánimos briosos con que después han defendido a la patria y la bandera que es su símbolo.

Se ha dicho que *la Araucana* carece de héroe. Esto no es exacto, porque el héroe es el pueblo araucano representado por sus principales caciques, todos y cada uno animados del mismo espíritu patrio y de la misma fuerza de corazón, que ha hecho de este pequeño pueblo el emblema del valor y el patriotismo.

Se ha dicho también que el héroe del poema era el joven capitán, don García Hurtado de Mendoza, y que el poeta lo cambió por disgustos personales que tuvo con él.

Esta aseveración carece de fundamento serio. Nunca pensó Ercilla que su héroe fuera el capitán de Mendoza, porque él no pensó celebrar las hazañas de los conquistadores, sino las maravillosas proezas de los indios que lo sorprendieron desde que los vió de cerca.

Si hubiera un héroe del poema, éste debía ser, conforme a los propósitos de Ercilla, un cacique araucano; pero, por los motivos que exponremos en el análisis del valor histórico de la epopeya, el poeta no pudo tener un solo héroe desde el principio hasta el fin del poema.

En cuanto a la omisión que se dice ha hecho de las hazañas de don García, hay también algunos puntos que observar.

Desde luego, Hurtado de Mendoza no podría actuar en la 1.^a parte del poema, que es talvez la más épica e interesante, porque todavía no había llegado a Chile.

En la 2.^a y 3.^a parte lo hace figurar, no con el relieve que sus herederos después reclamaron, sino con la justicia del caso, pues, fuera del asalto del fuerte, de las batallas de las Lagunillas y de Milla-rapué, no hubo grandes encuentros en que pudiera ‘figurar con brillo el joven capitán.

Es seguro que a no mediar la injusticia cometida contra el poeta en Imperial, éste habría encontrado ocasiones en que hubiera aparecido don García más airoso, pero de ninguna manera pudo el autor hacerlo aparecer, aún cuando hubiera sido su amigo, como el héroe principal del poema.

MÁQUINA

Por máquina de un poema épico se entiende la intervención de los seres sobrenaturales, como los dioses, los genios, los magos, etc.

En los poemas después del renacimiento hubo máquinas sagradas y profanas y aún la mezcla de ellas en una sola obra.

Así en *Los Lusíadas*, aparece en socorro de Vasco la diosa Venus, siendo que el héroe había llamado en su auxilio a Jesucristo.

En la *Araucana* hay también máquinas sagrada y profana, pero no se mezclan como en el poema antes mencionado.

Ambas máquinas ayudan a la acción conservando los seres sobrenaturales su papel correspondiente.

Así el demonio Eponamón se aparece a los indios en el Canto IX para animarlos a combatir contra los españoles, prometiéndoles la victoria; y la Virgen María, un poco más adelante, también se les aparece para detenerlos amenazándolos con la muerte y con la derrota si se atreven a atacar a los cristianos.

Aquí triunfa la intervención divina de María sobre el demonio Eponamón, y los araucanos, sobrecogidos con la celeste aparición y admirados por sus palabras, desisten del ataque y se vuelven a su tierra.

Hay, además, en el Canto XVII otra manifestación de máquina pagana, cuando el poeta cuenta que apenas se había rendido al sueño se le apareció

Belona, la diosa de la guerra y lo transportó a presenciarse la batalla de San Quintín.

Y, finalmente, en el Canto XXIII se le aparece el viejo Guaticolo que lo lleva a la cueva del mágico Fitón, quien lo conduce ante una esfera transparente en cuyo fondo vió reflejarse la batalla naval de Lepanto, que Ercilla describe magníficamente en el Canto XXIV.

EJEMPLO DE MÁQUINA CRISTIANA (CANTO IX)

La tempestad cesada, el raso cielo
vistió el húmedo campo de alegría;
cuando con claro y presuroso vuelo
en una nube una mujer venía
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al medio día
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
a todos confortó con su venida;
venía de un viejo cano acompañada,
al parecer de grave y santa vida;
con una blanda voz y delicada
les dice: A dónde andáis, gente perdida?
volved, volved el paso a vuestra tierra,
no váis a la Imperial a mover guerra.

Que Dios quiere ayudar a sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia;
pues ingratos, rebeldes e inhumanos
así le habéis negado la obediencia;
mirad, no váis allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.

EJEMPLO DE MÁQUINA PAGANA: (CANTO XVII)

No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo había,
cuando oyendo un estruendo sonoro
que estremecer la tierra parecía,
con gesto altivo y término furioso
delante una mujer se me ponía,
que luego ví en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies a la cintura,
de la cintura a la cabeza armada
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura,
de las horribles furias rodeada,
el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida:

La cual me dijo: «¡Oh! mozo temeroso,
el ánimo levanta y confianza
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza;
huye del ocio torpe y perezoso
ensancha el corazón y la esperanza,
y aspira a más de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio si lo entiendes:

Qué viéndote a escribir yo aficionado
y de tu inclinación el claro indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y áspero ejercicio;
tu trabajo tan fiel considerado;
sólo movida de mi mismo oficio,

te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin límite ensancharte.»

Aún cuando el poema no necesitaba para su grandiosidad la intervención de la máquina, Ercilla se aprovecha de ella para elevar un canto a las gloriosas empresas de Felipe II, alabar las proezas de los españoles, ya que no pudo cantarlos en Chile, y abandonando un momento los ruidos ásperos de al guerra, para describir y alabar las bellezas de las mujeres españolas y en especial mencionar a la que después debía ser su esposa, doña María de Bazán.

EPISODIOS

Los episodios principales son: el de Tegualda, el de Glaura y el de Dido.

Las partes en que figuran Guacolda y Fresia, no son propiamente episodios, sino trozos de la misma acción del poema.

Así Guacolda aparece acompañando a Lautaro en su ruca, durante la noche en que se verificó el asalto de Villagrán y la muerte de aquel joven toqui.

Fresia es apresada por los españoles que habían cautivado sin conocerlo a Caupolicán y le arroja a sus pies el hijo, diciendo que no quiere el hijo infame de un infame padre.

En cambio Tegualda y Glaura actúan en verdaderos episodios desligados de la acción principal y sirven al objeto que tuvo el poeta de interrumpir la monotonía de la narración guerrera.

Tegualda, sorprendida por Don Alonso, buscando de noche el cadáver de su esposo, Crepino, cuenta su

dolorosa historia al poeta, quien compadecido la ayuda a encontrar el cuerpo de su marido y la acompaña fuera del campamento.

Glaura cuenta también la historia conmovedora de su vida, la muerte de su padre y de su pretendiente, Fresolano bajo los golpes de los españoles, el ataque de los negros y su salvación por Cariolano, que también cae prisionero de Ercilla. El poeta emocionado la salva a ella y a su marido de la cautividad y los deja que se vayan libres a gozar de de su pasión compartida.

El señor Medina en su *Literatura Colonial* crítica este episodio, encontrándolo ficticio y sin la emotividad que produce el amor, pues éste apenas se esboza en la narración.

Tiene razón el señor Medina: apenas alcanzan a interesarnos los amantes por la falta de antecedentes y circunstancias favorables al desarrollo de una pasión. Parece que la joven se casa sólo por agradecimiento, con Cariolano, su salvador.

En el episodio de Dido, el poeta se deja llevar por la nobleza de su corazón y por el amor a la verdad, tratando de referir la historia de Dido, alterada por Virgilio en la *Eneida*.

Demuestra don Alonso, contándoles a sus compañeros este episodio en una marcha, que la reina Dido no se mató a causa de haber sido abandonada por Eneas su seductor, sino que se quitó la vida por guardar fidelidad a la memoria de su amado esposo, Siqueo, y por librar con su desaparecimiento a su pueblo de los proyectos del rey, Yarbás que la pretendía, y que, en caso de ser rechazado, habría podido vengarse de los habitantes de Cartago.

Si los episodios de Tegralda y Glaura tienen

atingencia con el poema sin formar parte del desarrollo de su acción, en cambio el de Dido está tan lejano y tan despegado del asunto que, a pesar de todo el talento de Ercilla, esta parte es una historieta sin interés ni agrado alguno para los lectores.

Pero el señor Medina recuerda que en esos tiempos algunos poetas españoles, como Lope de Vega y otros, ya habían hecho lo mismo en algunas de sus poesías, defendiendo a Dido de la pretendida calumnia de Virgilio, por eso creemos que este episodio no habrá sido encontrado tan ajeno al poema por los lectores contemporáneos, pues se trataba de hechos ya conocidos que se acababan de poner ante el juicio de los escritores.

Hay también en la segunda parte del poema otro episodio, el de Guacol, padre de Gualemo, a quien un caballo marino enamorado le rapta la mujer que él logra recobrar después de un combate encarnizado con el monstruo, de cuya piel se hace una armadura que deja a su muerte a su hijo Gualemo.

Esta fábula pintoresca y animada es digna de las leyendas de los tiempos mitológicos.

Se vé en este episodio la influencia que ejercieron en el poeta la lectura de los poemas griegos y de la Eneida. Es un modelo en su género. Interrumpe agradablemente el largo desfile de los héroes araucanos que revista Caupolicán antes del ataque al fuerte de Penco.

Damos a continuación algunos fragmentos de los episodios de Tegualda y Glaura, e insertamos completo el de Guacol que es muy breve.

EPISODIO DE GLAURA

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
hija del buen cacique Quilacura,
de la sangre de Friso esclarecida,
rica de hacienda, pobre de ventura;
respetada de muchos y servida
por mi linaje y vana hermosura
más, ¡ay de mí! cuanto mejor me fuera
ser una simple y pobre ganadera.

En casa de mi padre a mi contento
como única heredera yo vivía,
que su felicidad y pensamiento
en sólo darme gusto lo ponía:
mi voluntad en todo y mandamiento
como inviolable ley se obedecía,
no habiendo de contento y gusto cosa
que fuese para mí dificultosa.

Más presto el envidioso amor tirano,
turbador de sociego, adredemente
trajo a mi tierra y casa a Fresolano,
mozo de fuerzas y ánimo valiente,
de mi infelice padre primo hermano,
y mucho más amigo que pariente,
a quien la voluntad tenía rendida,
no sabiendo entre los dos cosa partida.

Mi padre como amigo aficionado,
que yo le regalase me mandaba;
y así yo con llaneza y gran cuidado
por hacerle placer lo procuraba;
más él luego, el propósito estragado,
cuya felicidad ya vacilaba,
corrompió la amistad, salió de tino,
echando por ilícito camino.

O fué el trato que tuvo allí conmigo,
o por mejor decir, mi desventura,
que esta sería más cierto, como digo,
que no la mal juzgada hermosura,
que ingrato al hospedaje del amigo,
del deudo y deuda haciendo poca cura,
me comenzó de amar y buscar medio
de dar a su cuidado algún remedio,

Visto yo que por muestras y rodeo
muchas veces su pena descubriría,
conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salía.

Más ay! que en lo que yo padezco veo
lo que el mísero entonces padecía;
que a término he llegado al pie del palo
que aún no puedo decir mal de lo malo.

Hallábale mil veces suspirando
en mí los engañados ojos puestos;
otras andaba tímido tentando
entrada a sus osados presupuestos.
Yo la ocasión dañosa desviando,
con gravedad y términos honestos,
que es lo que más refrena la osadía,
sus erradas quimeras deshacía.

Estando sola en mi aposento un día,
temerosa de algún atrevimiento,
ante mí de rodillas se ponía
con gran turbación y desatiento
diciéndome temblando: ¡Oh Glaura mía!
ya no basta razón ni sufrimiento,
ni de fuerza una mínima me queda
que a la del fuerte Amor resistir pueda.

Tu señora, sabrás que el día primero

de mi felice y próspera venida
me trujo amor al término postrero
desta penosa y desdichada vida;
más ya que por tu amor y causa muero,
quiero saber si dello eres servida,
porque siéndolo tú no sé yo cosa
que pueda para mí ser tan dichosa».

Viéndole al parecer determinado
a cualquiera violencia y desacato,
disimuladamente por un lado
salí dél sin mostrar algún recato
diciéndole de lejos: ¡Oh! malvado,
incestuoso, desleal, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada
y ley de parentesco conservada!...

Iba estas cosas y otras yo diciendo
que el repentino enojo me mostraba,
cuando con priesa súbita y estruendo
un cristiano escuadrón nos salteaba,
que en cerrado tropel arremetiendo,
nuestra alta casa en torno rodeaba,
saltando Fresolano en mi presencia
a la debida y justa resistencia.

Diciendo: «¡Oh! fiera tigre endurecida,
inhumana y cruel con los humanos,
vuelve, acaba de ser tú la homicida,
no dejes qué hacer a los cristianos:
vuelve, verás que acabo aquí la vida,
pues no puedo a las tuyas, a sus manos,
que aunque no sea la muerte tan honrosa,
a lo menos será más piadosa.»

Así furioso sin mirar en nada,
se arroja en medio de la armada gente,
donde luego una bala arrebatada

le atravesó el desnudo pecho ardiente:
cayó ya la color y voz turbada,
diciendo: «¡Glaura, Glaura! últimamente
recibe ya mi espíritu cansado
de dar vida a este cuerpo desdichado.

Llegó mi padre en esto al gran ruido,
sólo armado de esfuerzo y confianza,
más luego en el costado fué herido
de una furiosa y atrevida lanza:
cayó el cuerpo mortal descolorido,
y vista mi fortuna y mal andanza,
por el postigo de una falsa puerta
salí, a mi parecer, más que ellos muerta.

Iba pues siempre, mísera, corriendo
por espinas, por zarzas, por abrojos,
aquí y allí, y acá y allá volviendo
a cada paso los atentos ojos,
cuando por unos árboles saliendo
ví dos negros cargados de despojos,
que luego en el instante que me vieron
a la mísera presa arremetieron.

Fuí dellos prestamente despojada
de todo cuanto allí venía vestida,
aunque yo, triste, no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida:
pero el honor y castidad preciada
estuvo a punto ya de ser perdida;
más mis voces y quejas fueron tantas
que a lástima y piedad movía las plantas.

Usó el cielo conmigo de clemencia
guiando a Cariolan a mis clamores,
que visto el acto inorme y la insolencia
de aquellos enemigos violadores,
corrió con provechosa diligencia

diciendo: «Perros, bárbaros traidores,
dejad, dejad al punto la doncella,
si no la vida dejaréis con ella.»

Fueron sobre él los dos encontinente;
más él, flechando el arco que traía,
al más adelantado y diligente
la flecha hasta las plumas le escondía;
hízose atrás dos pasos diestramente,
y al otro la segunda flecha envía
con brújula tan cierta y diestro tino,
que al bruto corazón halló el camino.

Cayó muerto, y el otro mal herido
cerró con él furioso y emperrado;
más Cariolan, valiente y prevenido,
en el arte de la lucha ejercitado,
aunque el negro era grande y muy fornido,
de su destreza y fuerzas ayudado,
alzándolè en los brazos hacia el cielo
le trabucó de espaldas en el suelo.

Y sacando una daga acicalada,
queriendo a hierro rematar la cuenta,
por el desnudo vientre y por la ijada
tres veces la metió y sacó sangrienta;
huyó por allí la alma acelerada,
y libre Cariolan de aquella afrenta,
se vino para mí con gran crianza
pidiéndome perdón de la tardanza.

Supo decir allí tantas razones,
haciendo Amor conmigo así el oficio,
que medrosa de andar en opiniones,
que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
por evitar al fin mormuraciones
y no mostrarme ingrata al beneficio

en tal sazón y tiempo recibido,
le tomé por mi guarda y mi marido.

EPISODIO DE GUACOL Y DEL CABALLO MARINO

Un poco atrás del cual iba Gualemo
cubierto de una piel dura y pelosa
de un caballo marino, que su padre
había muerto en defensa de la madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando
bañándose en la mar, algo apartada,
un caballo marino allí arribando,
fué de él súbitamente arrebatada;
y el marido a las voces aguijando
de la cara mujer, del pez robada,
con el dolor y pena de perdella,
al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
al pescado alcanzó, que se alargaba,
y abrazado con él por maña a nado,
a la vecina orilla le acercaba,
donde el marino monstruo sobreaguado
(que también el amor ya le cegaba)
dió recio en seco, a tiempo que el reflujo
de las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
la dura cola, el suelo deshacía,
y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo,
contra el mozo animoso se volvía;
el cual, sazón y punto no perdiendo,
a las cercanas armas acudía,
comenzando los dos una batalla
que el mar calmó, y el sol paró a miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
de fuerza y ligereza acompañada,
hería al famoso monstruo reciamente
con una porra de metal herrada ;
al cabo el indio valerosamente
dió felice remate a la jornada,
dejando al gran pescado allí tendido,
que más de treinta pies tenía medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
digno de le poner en escritura,
del pellejo del pez, duro y peloso,
hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
las armas heredó y a Quilicura
que es un valle extendido y muy poblado
de gente rica, de oro y de ganado.

EPISODIO DE TEGUALDA

Yo soy Tegualda hija desdichada
del cacique Bracol desventurado
de muchos por hermosa en vano amada,
libre un tiempo de amor y de cuidado:
pero muy presto la fortuna airada
de ver mi libertad y alegre estado,
turbó de tal manera mi alegría
que al fin muero del mal que no temía.

Muy presto pues llegó el postrero día
desta mi libertad y señorío,
¡oh! si lo fuera de la vida mía,
pero no pudo ser que era el bien mío.
En un lugar que junto al pueblo había,
donde el claro Gualebo, manso río,
después que sus viciosos campos riega,

el nombre y agua al ancho Itata entrega.

Allí para castigo de mi engaño,
que fuese a ver sus fiestas me rogaron;
y como había de ser para mi daño,
fácilmente conmigo lo acabaron.

Luego por orden y artificio extraño
la larga senda y pasos enramaron,
pareciéndoles malo el buen camino
y que el sol de tocarme no era dino.

Llegué por varios arcos donde estaba
un bien compuesto y levantado asiento,
hecho por tal manera que ayudaba
la maestra Natura al ornamento:
el agua clara en torno murmuraba,
los árboles movidos por el viento
hacían un movimiento y un ruido
que alegraban la vista y el oído.

Apenas pues en él me había asentado,
cuando un alto y solene bando echaron,
y del ancho palenque y estacado
la embarazosa gente despejaron:
cada cual a su puesto retirado,
la acostumbrada lucha comenzaron,
con un silencio tal que los presentes
juzgaron ser pinturas más que gentes.

.....

Cuenta Tegualda en seguida que sintió gran alboroto y al preguntar de qué se trataba le dijeron que Mareguano había sido vencido por un gallardo mozo extranjero, y que el vencido, no resignándose con su derrota, quería luchar de nuevo, pero que los jueces no consentían mientras ella no les diese licencia a ambos rivales.

Tegualda consiente y los dos luchan de nuevo. Cuenta en seguida cómo llega el vencedor a recibir de sus manos la recompensa.

Halléme tan confusa y alterada
de aquella nueva causa y accidente,
que estuve un rato atónita y turbada
en medio del peligro y tanta gente;
pero volviendo en mí más reportada,
al vencedor en todo dignamente,
que estaba allí inclinado ya en mi falda
le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajé los ojos al momento
de la honesta vergüenza reprimidos
y el mozo con un largo ofrecimiento
inclinó a sus razones mis oídos.
Al fin se fué, llevándome el contento
y dejando turbados mis sentidos,
pues que llegué de amor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.

.....

Tegualda prosigue diciendo que su padre protege sus amores y autoriza su matrimonio con el extranjero.

Termina su dolorosa historia con las siguientes estrofas:

Ya que con voluntad y mandamiento
a mi honor y deseo satisfizo
y la vana contienda y fundamento
de los presente jóvenes deshizo,
el infelice y triste casamiento
en forma y acto público se hizo

hoy hace justo un mes, ¡oh! suerte dura,
qué cerca está del bien la desventura!

Ayer me ví contenta de mi suerte
sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte
todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber a mal tan fuerte?
qué recompensa puede darme el cielo
a donde ya ningún remedio vale,
ni hay bien que con tan grande mal se iguale?
Este es pues el proceso, ésta es la historia
y el fin tan cierto de la dulce vida:
he aquí mi libertad y breve gloria
en eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa la memoria
mi llaga ha renovado encrudecida,
en recompensa del dolor te pido
me dejes enterrar a mi marido.

.....
El poeta dejándose llevar de su carácter generoso, acompaña a la infeliz Tegualda al campo en donde había tenido lugar el combate.

Salí con ella acá y allá buscando;
al fin entre los muertos que allí había
hallamos el sangriento cuerpo helado
de una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
vió la marchita faz desfigurada,
con horrendo furor en un instante
sobre ella se arrojó desatinada,
y junta con la suya, de abundante
flujo de vivas lágrimas bañada,
la boca le besaba y la herida,

por ver si le podía infundir la vida.
«¡ Ay! cuitada de mí (decía) qué hago
entre tanto dolor y desventura!
¡Cómo al injusto amor no satisfago
en esta aparejada coyuntura!
¿Por qué ya, pusilánime, de un trago
no acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? la injusticia a dónde llega
que aún el morir forzoso se me niega?

Así furiosa, por morir echaba
la rigurosa mano al blanco cuello,
y no pudiendo más no perdonaba
al afligido rostro ni al cabello;
y aunque yo de estorbarlo procuraba,
apenas era parte a defendello,
tan grande era la basca y ansia fuerte
de la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron
por la gran persuasión y ruego mío,
y sus promesas ya me aseguraron
del gentílico intento y desvarío,
los prestos yanaconas levantaron
sobre un tablón el yerto cuerpo frío
llevándolo en los hombros suficientes
a donde le aguardaban sus sirvientes.

Mas, porque estando así rota la guerra
no padeciese agravio y demasía,
hasta pasar una vecina sierra
le tuve con mi gente compañía;
pero, llegando a la segunda tierra
encaminada a la derecha vía,
se despidió de mí reconocida
del beneficio y obra recibida.

LOS DISCURSOS

Los araucanos han sido y hasta ahora son aficionados a hablar en las reuniones, empleando un estilo vivo y pintoresco, con figuras tomadas de la naturaleza, como lo hacen los oradores de todos los pueblos primitivos.

Ercilla trae en su poema algunas de estas arengas que, aún cuando se revisten de las bellezas retóricas con que el poeta las ha adornado, conservan en el fondo toda su ruda grandiosidad.

Mencionaremos primeramente el famoso discurso de Colocolo, pronunciado en la ocasión solemne en que ya los indios iban a irse a las manos en la disputa sobre la elección del toqui que debía mandar las fuerzas combinadas de todas las tribus contra los invasores.

Voltaire comparó esta pieza oratoria con el discurso pronunciado por Néstor con motivo de la disputa de Aquiles y Agamenón y encuentra que el orador araucano es superior al griego.

Al crítico y erudito don Marcelino Menéndez y Pelayo no le entusiasman las arengas de la Araucana y no acepta estas alabanzas de Voltaire. Así lo dice en su *H.^a de la Poesía Hispano Americana*, Tomo II, pág. 103.

A pesar de la respetable opinión del señor Menéndez y Pelayo, muchos críticos ensalzan este discurso que nosotros tenemos por una de las arengas más conceptuosas, más artísticas y mejor estudiadas de la Araucana.

DISCURSO DE COLOCOLO

Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida
a pesarme de veros pretendores
de cosa que a mí tanto era debida:
porque, según mi edad, ya véis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
más el amor que siempre os he mostrado
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿ Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
y en esto averiguarnos no queremos,
estando aún de españoles oprimidos;
mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿ Qué furor es el vuestro ¡ oh! araucanos,
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿ Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
¿ Teniendo tan a golpe a los cristianos,
volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto:
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:

no derramáis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza,
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno el buen camino tuerza:
que vuelta entre nosotros la porfía
degolláis nuestra patria con su fuerza:
cortad, pues, si ha de ser desmanera,
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna, no procura
sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura;
pero, a nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento;
y en singular por ánimo y grandeza
podéis tener del mundo el regimiento:
que este gracioso don no agradecido
nos ha al presente término traído.
• En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse,
mas ha haber un capitán primero
que todos por él quieran gobernarse:
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual ser el más fuerte.

La Arenga de Lautaro es la más épica de todas las del poema. Aún ahora, cuando se hace leer por los profesores en las clases de Castellano, logra conmover el corazón de los niños y llamar su atención hacia la heroica figura de aquel otro niño que con su valor y su talento llegó a ser el verdadero director del período más glorioso de la guerra araucana.

Hay en sus versos, que suenan como clarinadas de combate, los acentos ya enérgicos, ya doloridos del alma valerosa de un caudillo, atormentada por la desesperación del desastre inesperado, que llama a los que huyen, insulta a los cobardes y con gritos de suprema arrogancia, ofrece la victoria a las huestes ya deshechas y, a los sonos de sus voces, la derrota se convierte en el primero de los grandes triunfos de esa homérica epopeya.

DISCURSO DE LAUTARO

¡Oh! ciega gente, del temor guiada!
a dó volvéis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos:
la fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos:
de señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Mancháis la clara stirpe y descendencia
y engerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpetuo, ignominioso:
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta de aliento, y el fogoso

latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre
qué de nuestros agüelos mantenemos,
ni el araucano nombre de la cumbre
a estado tan infame derribemos:
huid el grave yugo y servidumbre:
al duro hierro osado pecho demos;
¿por qué mostráis espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os va turbando;
dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando;
¡volved, no rehuséis tan gran victoria
que os está el hado próspero llamando:
a lo menos firmad el pie ligero,
veréis como en defensa vuestra muero!

Es notable también, aunque menos vigoroso que el de Lautaro, el discurso de Galbarino (1). No es un clarín de batalla, sino la expresión dolorosa de la patria cautiva, el grito de un pueblo esclavizado por extranjeros codiciosos, lo que palpita en sus versos sonoros y sentidos. Hay en esta arenga más odio que patriotismo, más espíritu de venganza que anhelo de libertad.

Se explica porque el que habla es un cacique a quién bárbaramente, don García hizo cortar ambas manos y que al accionar con sus brazos mutilados, lanza los acentos de su rencorosa indignación como una tormenta de venganza, sobre la Asamblea arau-

(1) Hemos escrito este nombre con *b* porque así lo trae Ercilla.

cana que lo escucha silenciosa con los rostros inmutables y los pechos encendidos por la ira.

DISCURSO DE GALBARINO

Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
miembro del vuestro que por más afrenta
me envían lleno de injurias al Senado
para que dellas sepa daros cuenta:
mirad vuestro valor vituperado,
y lo que en mí el tirano os representa,
jurando no dejar cacique alguno
sin desmembrarlos todos de uno en uno.

Por cierto bien en vano han adquirido
tanta gloria y honor vuestros agüelos,
y el araucano crédito subido
en su misma virtud hasta los cielos,
si agora infame, hollado y abatido
anda de lengua en lengua por los suelos,
y vuestra ilustre sangre resfriada
en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no tremiese
de sólo nuestro nombre y voz temida,
ni nación que las armas no rindiese
por temor o por fuerza compelida,
arribando a la cumbre porque fuese
tanto de allí mayor nuestra caída,
y al término llegase el menosprecio
donde de los pasados llegó el precio?

Pues unos extranjeros enemigos
con título y con nombre de clemencia
ofrecen de acetaros por amigos
queriéndoos reducir a su obediencia;

y si no os sometéis, que con castigos
prometen oprimir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, religión, edad, ni estado.

Volved, volved en vos, no déis oído
a sus embustes, tratos y marañas;
pues todos se enderezan a un partido
que viene a deslustrar vuestras hazañas:
que la ocasión que aquí los ha traído
por mares y por tierras tan extrañas,
es el oro goloso que se encierra
en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana
querer mostrar que el principal intento
fué el extender la religión cristiana,
siendo el puro interés su fundamento:
su pretensión, de la codicia mana,
que todo lo demás es fingimiento,
pues los vemos que son más que otras gentes
adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte
nos amenacen cierto en lo futuro,
podemos elegir honrada muerte,
remedio breve, fácil y seguro;
poned a la fortuna el hombro fuerte,
a dura adversidad, corazón duro,
que el pecho firme y ánimo invencible
allana y facilita aún lo imposible.

Es extraño que el poeta que tan firmes y enérgicos discursos puso en boca de Colocolo, Lautaro y Galbarino, no haya puesto otra arenga, sino superior a aquellas a lo menos semejante, en los labios

de Caupolicán que ha sido la figura a la cual ha querido darle más importancia el poeta.

Lejos de eso, cuando habla Caupolicán, no arrastra ni conmueve, a lo más asombra por lo atrevido de sus propósitos, cuales son de invadir a España y someter a Carlos V, y en un discurso final, al pie del cadalso afrentoso, sólo es un rendido que pronuncia palabras y emite conceptos inadecuados a la majestad de su figura epopéyica.

Al hablar sobre la verdad histórica del poema volveremos a referirnos a este discurso y a la actitud final de este desgraciado caudillo.

Muy inferiores son los discursos que pronuncian los capitanes españoles. La arenga de Valdivia al acercarse a los numerosos escuadrones que lo esperaban en Tucapel, es fría y vacilante. No sabe qué partido tomar y lo confiesa a sus propias tropas diciéndoles:

Y pues tenemos tiempo y aparejo
será bueno tomar nuevo consejo.

.....
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
que a nuestro honor y causa satisfaga.

Villagrán, rodeado por las tropas de Lautaro en la cuesta de Andalicán, dirige también a sus soldados una pequeña arenga en cuyas estrofas se repiten algunos de los conceptos de Lautaro pero ya más diluído y sin novedad para el lector.

.....caballeros, nadie tuerza
de aquello que a su honor es obligado
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo

de todo nuestro bien grande enemigo.

Sacudidle de vos y veréis luego
la deshonra y afrenta manifiesta:
mirad que el miedo infame, torpe y ciego
más que el hierro enemigo aquí os molesta.

.....
¿A dó volvéis sin orden y sin tiento?
que los pasos tenemos impedidos.
.....

Superior, en fuerza y sentimiento, a las arengas españolas anteriores es la de la heroína doña Mencía de Nidos, dama de Concepción, que al ver huir ante las huestes de Lautaro a los vecinos de la ciudad sin pensar en resistir, se levanta del lecho en que yacía enferma y tomando una espada, sale al campo, ataja a los fugitivos y les dice:

¡Oh! valiente nación, a quien tan cara
cuesta la tierra y opinión ganada
por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿qué es de aquella fortaleza
que contra los que así teméis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto y la grandeza
de la inmortalidad a que aspirastes?

¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
y el natural valor de que os preciastes?
¿A dónde váis cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?

¡Oh! cuántas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender a medios necesarios,
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios

y emprender y acabar empresas tales,
que distes a entender ser inmortales!

Volved a vuestro pueblo ojos piadosos,
por vos de sus cimientos levantado;
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado;
las ricas minas y los caudalosos
ríos de arenas de oro y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido
buscando a su pastor desconocido.

Hasta los animales, que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razón se condolecen
y muestran doloroso sentimiento;
los duros corazones se enternecen,
no usados a sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman,
y en voz casi formada nos infaman.

Dejáis quietud, hacienda, vida honrosa,
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir a casa ajena embarazosa
a do tendremos mísera acogida;
¿qué cosa puede hacer más afrentosa
que ser huéspedes toda nuestra vida?
Volved, a los honrados vida honrada
les conviene, o la muerte acelerada.

Volved, no váis así de tal manera,
ni del temor os déis por tan amigos;
que yo me ofrezco aquí que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos;
haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros seréis dello testigos.
¡Volved! volved! gritaba, pero en vano,
que a nadie pareció el consejo sano.